

UNA PEQUEÑA BIOGRAFIA

ADRIAN RECINOS

VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA
Su último trabajo.

NUESTRO HOMENAJE AL LIC VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA

Virgilio Rodríguez Beteta, el gran valor intelectual, el distinguido escritor, político y diplomático guatemalteco y apasionado centroamericanista, no podía faltar a la celebración del Centenario de Rubén Darío. En esa oportunidad, tuvimos por última vez, el gusto de saludarlo y departir con él. Le acompañaba Doña Carmen, su señora

Don Virgilio, gran patriarca del liberalismo guatemalteco, fué un gran amigo nuestro, quizá el más grande alentador y animador de la REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO. Siempre tuvo frases de aliento para nuestra labor, y colaboraciones para la Revista. De modo que su estadía en Nicaragua, fué especialmente grata para nosotros, con el doble motivo intelectual y personal. Por eso nos sorprendió y conmovió profundamente la tarjeta que su esposa nos enviara y en la cual nos decía:

Estimado don Joaquín: Con el más hondo dolor que hoy embarga mi corazón por la pérdida irreparable de mi amado esposo Virgilio, ocurrida, el jueves último 23, cumplí inmediatamente, como eran las grandes intenciones y deseos de él, de enviarle estos recortes de El Imparcial con su última producción, por si Ud. los quiere aprovechar para su admirable y prestigiosa Revista. Como mi esposo a Ud. le apreciaba tanto, creo que bien puedo cumplir al tercer día de su viaje a la eternidad con enviarse estos artículos por si Ud. quiere aprovecharlos en algo

Quedo de Ud con la admiración y afecto que mi querido esposo le profesaba.

Guatemala, 25 de Marzo de 1967.

CARMEN M. DE RODRIGUEZ BETETA

La sorpresa y la pena nos impulsó inmediatamente a querer comunicarnos por teléfono con su familia, pero no nos fué posible. Pusimos un radiograma a Doña Carmen con la expresión de nuestro profundo dolor.

La estatura intelectual y moral de Don Virgilio, su obra realizada y su gran amor para Centroamérica ofrecen amplio margen para informar a nuestros lectores sobre el deceso.

1

Hoy hace cinco años que falleció Adrian Recinos. Cinco años que para mí se han pasado con la celeridad consiguiente a quien, por razón de edad, espera siempre que sea su último año aquel que está viviendo. Nos conocimos cuando él tenía doce años y yo trece, en el primer año del instituto, que entonces se llamaba Nacional Central de Varones. Entonces eran cinco los años que se necesitaban para salir de bachiller, y allí sobre las rudas tarimas de doble piso en que los alumnos nos sentábamos comenzamos nuestra buena y desde un principio íntima amistad. Él era un magnífico estudiante en todas sus clases, sin excepción. Cuando no era el primer puesto el que ocupaba, era el segundo. Enviado de Huehuetenango, de don sus padres y él procedían, era interno y todo un estudiante de verdad. Su mejor amigo era el inolvidable Ulises Rojas, quien a la salida del instituto descolló como el primer botánico del país, y quizá de toda nuestra Latino América. Ulises había estudiado botánica bajo la dirección maestra del doctor Manuel Saravia, a quien por su gordura y su agrio carácter, lo conocían todos bajo el nombre de "El Oso Saravia". Pero sabio en sus conocimientos botánicos, obligaba a todo el mundo a formar "herbarios", saliendo de su clase magníficos alumnos, como José María Roque y los dos hermanos Tejada Aguirre, Rafael y Ramón. Todos desaparecidos ya!

En aquel tiempo se estudiaba de veras y se estimulaba algo la educación moral. Ulises Rojas fue quien nos enseñó a sembrar un árbol, condición primera que según el célebre apotegma se impone a todo joven que quiera cumplir su misión en este mundo. Ulises no sé donde consiguió cuatro de esos preciosas araucarias, que parecen llevar alas en sus ramas, y rematar, cuando acaban su esfuerzo por subir a la altura, en una estrella. El sembró la primera, Recinos la segunda, otro gran amigo de éste, también ya desaparecido, Ramiro Fernández, la tercera, y a mí me tocó el honor de la cuarta. Después de los terremotos de 1917, vino la decadencia del instituto. Su segundo piso, que cubría tres largos corredores del primer patio se derrumbó. Parece que ese derrumbe iba a señalar la entrada en una edad de decadencia. Nadie ha puesto hasta ahora cuidado en volver a levantar ese segundo piso y menos en cuidar nuestras araucarias, de las que creo no quedan sino dos a guisa de reliquias de aquellos lejanos días.

A mediados de año Adrián comenzó a adelantarse, pues hizo por suficiencia su examen de inglés primer curso, y en los años sucesivos hizo otros exámenes análogos, de suerte que, se graduó de bachiller

un año antes que yo, y al pasar a los estudios de abogacía en la Escuela de Derecho, ya me llevaba un año de anticipación. Pero aunque el grupo de mis íntimos de la Escuela era ya otro, una circunstancia vino a restituir nuestra primera amistad del instituto. Esa circunstancia fue la de que, contando con todos nuestros mejores compañeros de la Escuela, cualquiera que fuera el año en que estuvieran, establecimos la Sociedad El Derecho, muerta desde el tiempo (varios años antes) en que la dirección de su revista estuvo a cargo de José Rodríguez Cerna. Los sucesos políticos de la época le habían dado el tiro de gracia, pues fue el tiempo de la revolución que organizaron contra Estrada Cabrera en El Salvador los generales Salvador Toledo y José Montúfar. Uno de sus principales jefes y víctimas fue Marciano Castillo, que había estudiado en nuestra Escuela de Derecho y había sido, con Rodríguez Cerna, un brillante redactor de aquella revista. Esta vez fui nombrado redactor, con Adrián como administrador. Pero él era un excelente redactor, y pronto nuestra revista lució numerosos artículos escritos por él. Uno de ellos, llamado "PSIQUIS SIN VELO" mereció la atención de Rodríguez Cerna, que en aquella época había llegado a director de la República, un diario que gozaba de grandes prestigios desde el tiempo en que le hacía valiente oposición al Presidente Reyna Barrios, y cuyo propietario era el Licenciado Marcial García Salas. Rodríguez Cerna hizo la presentación al público de aquel nuevo escritor llamado Adrián Recinos, que aparecía en la nueva revista de los estudiantes de derecho, y que con aquel artículo se perfilaba como gran escritor de ideas nuevas y profundas, llamado a descollar y elevarse pronto a los primeros rangos de nuestra literatura. ¡Buen profeta fue Rodríguez Cerna!

La revista, que era mensual, pudo sostenerse un año, gracias a que con Adrián salíamos a procurarle anuncios entre las casas comerciales. Recuerdo una anécdota patética a que tuvimos que asistir andando en esos menesteres. Al llegar a El Ahorro Mutuo, que quedaba frente a la Iglesia del Carmen, en la esquina de la 10ª calle oriente que daba frente al suntuoso almacén de Kosak, el gerente que nos atendió y que era un hombre ya muy anciano, de apellido Mc. Nider, inglés que había venido a Guatemala muy joven y había puesto la primera línea cablegráfica que hubo en el puerto de San José, se echó a llorar repentinamente. Adrián y yo nos quedamos estupefactos, sin saber qué partido tomar. Entonces el anciano nos explicó su cuita: acababa de morir en Inglaterra su hijo mayor, que tendría nuestra misma edad. Nosotros, con nuestra presencia y la explicación del asunto que nos llevaba, se lo habíamos resucitado en una actividad cultural igualmente patriótica habría muerto aquel hijo adorado. Lo dejamos transido con su pena y aceptamos su ruego de que fuéramos de cuando en cuando a visitarlo. Ello, después de habernos dicho que desde luego tuviéramos por suscriptor al Ahorro Mutuo, con la suma de cien pesos mensuales. Cien pesos, que en aquel entonces apenas serían dos dólares y medio de hoy, pero que representaban un capital en nuestras andanzas editoriales, pues la vida era tan barata como lo siguiente: una vez entra-

mos a comer al Gran Hotel, (que estaba donde hoy es el ICA, o Instituto Guatemalteco-Americano) el cual no sólo tenía una buena cocina sino la mejor bodega de Guatemala. Eramos tres amigos, comimos de lo lindo, bebimos de lo mejor y pagamos con un "camarón" o billete de a cien pesos del Banco de Occidente, o sea dos dólares y medio de hoy. Y todavía nos dieron diez pesos vueltos, que se los dejamos de magnífica propina al camarero.

Adrián fue siempre un estudiante tranquilo, que no se metía a huelgas ni quehaceres en que tuviera que ver la política. En cambio, para los más tímidos de nosotros era un admirable "órgano de consulta". Recuerdo que un día mi grupo, que era el revoltoso de la familia, el que hacía las huelgas (metía en la pila a los estudiantes que adulaban al gobierno, etcétera, tenía entre manos no recuerdo qué negocio de aquellos que, según el ambiente político, seguramente daría con nuestros huesos en la cárcel (la que yo había probado desde que tenía trece años y continué "sabo-reando" mientras fui estudiante). A solicitud de mi gran amigo y compañero desde el instituto, José Palomo Castell, que tenía razones familiares de gran peso para no meterse en líos políticos, fuimos a consultar con Adrián sobre la conveniencia o inconveniencia de llevar a cabo nuestros propósitos estudiantiles. Adrián, después de meditar, nos aconsejó que no siguiéramos adelante en nuestro empeño. Y entonces José, sin poder ocultar su júbilo, exclamó: —¡Si por eso me gusta a mí tanto hablar con Adriancito!

El destino nos tenía deparada una aún más grande e íntima amistad cuando Adrián, ya recibido de abogado, entró a desempeñar el puesto de oficial mayor en el Ministerio de Relaciones, y yo el de Director del Diario de Centro América en el segundo semestre de 1910. El cómo me vi obligado a aceptar ese puesto, casi a la fuerza, será objeto de uno de mis libros póstumos, que dejo para las generaciones que nos sucedan. Sólo diré por ahora que, como lo explica mi eterno jefe de redacción, el ingeniero Juan Arzú Batres, fallecido hace ya largo tiempo, en uno de sus editoriales en que comentó mi labor en el diario, cuando él a su vez llegó de director, el 2 de agosto de 1923, mi primera preocupación fue la de hacerme del mejor cuerpo de redactores y de pagarles muy bien. Rodríguez Cerna, Fernando Cruz, Pancho Fernández Hall. Adrián, naturalmente, figuraba en la primera línea. Allí le publicamos su preciosa "Monografía de Huehuetenango". Recibía más sueldo, por parte del diario, que en su empleo del gobierno. Esta innovación (que lo era muy grande para su tiempo y aun no ha entrado de moda en todos nuestros diarios actuales) fue una de las razones de la rápida transformación del diario. Recinos, al salir de su clase diaria de Filosofía en Belén, pasaba un rato al diario, llevando siempre alguna primicia literaria de primer orden. Y debo recordar, con gusto y orgullo, que él era el único que podía continuar y concluir un artículo empezado por mí, y a la inverso yo el único que podía hacer lo mismo con a su suyo. Pero tal compenetración mental no es cosa de sorprender: venía de nuestras comunes maestras, las toscas tarimas del instituto, y de nuestras comunes vicisitudes en la dura política porque

atravesaba entonces el país y que nos mantenía con las manos asidas y el pensamiento bien despierto para pesar y medir cada palabra que escribíamos

Por lo demás, nunca pudimos, con mis amigos, poner en brete o hacer vacilar la indomable entereza de carácter de Adrián cuando por fin nos decidíamos a pasar a su casa para convidarle a ir de parranda, nos contestaba irremisiblemente "tengo que esperar a mi profesor de piano", o estoy esperando a Mounsier Garón, mi profesor de francés. Nunca supe por qué abandonó el piano, pero en cambio sí supe en París, de auténtica procedencia, que el Presidente de Francia, cuando años más tarde llegó Adrián de Ministro y le presentó credenciales, se había asombrado de cómo un hispanoamericano podía hablar un francés tan perfecto

2

Para el Ministerio de Relaciones Exteriores fue una gran cosa la adquisición de Recinos, pues en él encontró un sub-secretario ideal para el inmediato futuro, ya fuera que don Guillermo Aguirre, quien desempeñaba ad-interin esa cartera, la siguiera desempeñando, o ya fuera que tuviese que dejarla para ocuparse solo de la suya propia, que era la de Hacienda y la cual le venía desde los primeros tiempos en que el Presidente Estrada Cabrera llegó al poder (1898), es decir hacía trece años. En este último caso el gobierno tendría un Ministro de Relaciones hecho y derecho, especializado en la teoría y práctica de la carrera. Pero entre tanto Adrián vino a ser el brazo derecho del ministerio, el que despachaba todos los asuntos de importancia y el que poseía toda la confianza del ministro, al punto de que éste no se podía pasar sin él. Don Guillermo, que era un gran caballero, llegó a querer a Recinos como a un hijo, a la par que le guardaba todo el respeto y consideraciones del caso.

A la caída de don Manuel, movimiento durante el cual Recinos guardó la más perfecta neutralidad, como le correspondía, Adrián quedó libre de sus ataduras políticas. El me contó una vez (pues yo entonces me hallaba en el extranjero, en el desempeño de una misión del Press Congress of the World, dirigido por el presidente de la Universidad de Missouri) las razones íntimas que lo llevaron a reorganizar un partido liberal verdadero, que combatiera a los unionistas, dueños y señores omnímodos de la situación. Esa razón fue la de haber asistido a la escena macabra del linchamiento de un jefe militar, conocido bajo el apodo de "Milpas Altas". Lo traían preso y fuertemente escoltado con destino a una cárcel de esta ciudad, en el centro de una escena que nada hubiera tenido que envidiar a las más repugnantes de los "días del terror" de la revolución francesa. Al frente del grupo, formado por soldadecia y plebe, venía una mujer medio vestida de hombre, con dos revólveres a la cintura y blandiendo un machete. Era la que más gritaba y vociferaba pidiendo el linchamiento del preso. Y esta mujer no era otra que la misma que pocos días antes, según se había descubierto, le estaba ofreciendo a Estrada Cabrera la lista completa de los unionistas para que sobre sus cabezas "cayera todo el peso de la

ley". Así andaban las cosas. Aquella escena fue suficiente para levantar un volcán en una alma sensible y verdaderamente patriótica como la de Recinos.

Yo recibía sus cartas y sus escritos en París, en Madrid, donde estuviere. Y con que fruición y entusiasmo me leía los artículos de El Demócrata (el periódico que Recinos había fundado en Guatemala para combatir a los unionistas y resucitar el Partido Liberal) mi compañero y compatriota Alfredo Sierra Valle, que vivía en un modesto departamento, en la primera de dichas ciudades y que había salido de Guatemala para vivir y morir allá, gracias a una pensión que le mandaba el Brasil y que le había conseguido el ministro brasileño en Guatemala, Fontaura Javier, por el nominal desempeño del consulado en Las Palmas, capital de las Islas Azores. Los artículos de El Demócrata, que en series infatigables escribía Recinos, eran sencillamente maravillosos, y en ellos no se sabía qué admirar más: si la doctrina perfecta y aplastante defendida o el estilo tan conviscente, o la magistral corrección con que estaban escritos.

A la caída del régimen unionista (que más que todo fue un partido destinado a ponerle fin a la larga dictadura de Estrada Cabrera con la ayuda moral de Washington, (cuándo no?), debida al golpe militar de los generales José María Orellana, Larrave y Lima, se proclamó la candidatura presidencial del primero, a la que aportó Recinos toda la influencia del liberalismo civil; y cuando tal candidatura triunfó, fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores. Pero habiendo ocurrido desavenencias entre él y el general Jorge Ubico, que era el Ministro de la Guerra, el Presidente Orellana decidió cortar por lo sano enviando a Ubico a su casa y a Recinos de Ministro a París.

Adrián era ya casado con una adorable muchacha, llena de virtudes y gracias, María Palomo, y tenido con ella una angelical descendencia de bellas mujeres y un hombre que ahora es médico de gran prestigio en los Estados Unidos.

En París no estubo sino algo más de un año y luego fue llamado por el gobernante para ocupar la presidencia del Congreso. Recordaré de paso tres actuaciones de ese Congreso presidido por Recinos. La primera consistió en haber querido suprimir la renta del aguardiente.

El presidente nos mandó a contestar que aceptaba la supresión de esa renta siempre que le dijéramos con cuál la sustituiríamos. Otra fue la de la elección de designados a la presidencia. Un día Adrián me hizo pasar un papel que decía textualmente "Ya estoy aburrido de poner siempre a los mismos designados. Me dicen que estoy como don Manuel, que nunca cambiaba de designados. Les propongo escoger entre el general (aquí el nombre de un general ya fallecido pero cuyo nombre no creo del caso revelar) y el general Lázaro Chacón". Y nosotros, pesando las posibilidades de despotismo de uno y otro, escogimos a este último. En cuanto a la tercera actuación, se refiere nada menos que a un intento de reelección atribuido al general Orellana. Me iba yo a marchar a Washington para asistir al Primer Congreso Panamericano de Prensa (el único que ha habido en su género) y poco antes de partir me llamó muy reservadamente Adrián.

para comunicarme que si resultaba cierto lo de la presunta reelección me pondría inmediatamente un cable para que me viniera en el acto. Me marché a Washington y con la consiguiente ansiedad estuve esperando el cable, que nunca llegó. A mi regreso, lo primero que hice fue buscar a Adrián en demanda de noticias, pero me dijo que ya no había habido lugar a la campaña contra la reelección (que desde luego él pensaba iniciar) por haber desistido el presidente de su intento. Yo me alegré muchísimo porque, en verdad le tenía mucho afecto al general Orellana, no sólo por las distinciones con que me trató mientras fue Jefe del Estado Mayor del Presidente Estrada Cabrera, sino porque lo había conocido y tratado desde muchos años antes, cuando era mi director en el Instituto Nacional

3

A la muerte repentina del general Orellana fue sustituido por el primer designado, general Chacón. Muchos liberales, descontentos de esta substitución, hubiéramos querido que Recinos tomara la presidencia. Pero, ¿quién hasta ahora ha sido el temerario que le haya puesto el cascabel al gato? Recinos fue inmediatamente nombrado Ministro en Washington, y allá me lo encontré cuando el general Chacón tuvo la humorada de sacarme del país por haber evitado la guerra entre Guatemala y Honduras, que parecía eminente, cuando la disputa de límites y haber hecho yo una fracesita para las compañías norteamericanas fruteras que eran las verdaderas causantes de esa guerra. Yo era el Ministro de Guatemala en Honduras y como tal descubrí el origen maquiavélico de ésta, que no era otro sino el de la rivalidad a muerte entre las dos poderosas compañías norteamericanas de aquella época, la Cumayel Fruit Company y la United. Y así lo proclamé a todos los vientos: "No se trata de una guerra de hermanos sino de bananos". La frasecita sonó mal en los oídos de las compañías, y por repercusión en los oídos del general Chacón, que naturalmente se había gastado dos millones de dólares preparándose para esa guerra "de límites" y preparando al pueblo para creer en ella. De suerte que para él era muy duro admitir mi tesis, y aunque convencido como estaba, de que ella representaba la verdad meridiana, prefirió dejarse arrastrar por el dicho de la prensa vendida a esas compañías y el disgusto que mi tesis causó a éstas.

Al vernos en Estados Unidos, Adrián me reprochó socarronamente: "Pero ¿a quién se le ocurre, siendo diplomático, llevarle la contra al gobierno?" A lo que yo le repliqué: "A un diplomático que quiera más a su patria que a su gobierno". Los dos nos echamos a reír, pues él opinaba como yo y los dos sabíamos que en mi caso hubiera él hecho lo mismo.

Ocurrió, a fines de 1930, el golpe militar del otro general Orellana, don Manuel, contra Baudilio Palma, el segundo designado del general Chacón que quiso posponer al primero, el general Mauro de León. Y como el que más aspiraba a la presidencia definitiva era el general Ubico, y contaba con toda la simpatía

del Ministro Americano Mr. Whitehouse y con los votos del partido "Progresista", (que a esas fechas se había vuelto formidable) yo trabajé franca y decididamente por la candidatura de Recinos, que siendo Ministro en Washington era el único que en ese delicado punto de la amistad con Estados Unidos podía hacerle contrapeso a Ubico. Este, sabedor de mis trabajos, me mandó ofrecer por medio de su fiel amigo y servidor Alfredo Demby 30 000 dólares para que dejara mi puesto de secretario general de la presidencia, que me mantenía en diario e íntimo contacto con el presidente Orellana. Rechazando desde luego tal propuesta, le mandé recordar al general que cuando habíamos hablado en casa de las señoritas Espinosa (las inolvidables Anita y Toya, del colegio Centroamericano) yo, como presidente que era de la alianza de los tres sectores liberales, le había ofrecido trabajar no por él sino por el liberal que tuviera en ese momento más probabilidades de triunfar. Que en eso estaba, y que si Recino no venía, me tocaría todavía escoger entre él (Ubico) y Alvarado Tello.

Tras muchos cablegramas de ida y vuelta (tarea en que me ayudó José Antonio Palomo, pariente y partidario de Recinos y quien hacía cabeza en el Ministerio de Relaciones en defectos del ministro Alfredo Skinner Klée) Recinos renunció a venir en vista de las amenazas de toda clase, con que los partidarios de Ubico trataban de disuadirlo de querer entrar en competencia con éste, a cuyo favor estaba todo hecho. Además, Ubico tuvo el tino de asegurarle el puesto de Embajador en Washington, que desempeñaba, por todo el tiempo que él gobernara, con la cual Recinos se sintió a cubierto de una posible expatriación. Oferta que Ubico cumplió al pie de la letra. Yo deseaba que Recino fuera el presidente más que nada porque conociéndolo como lo conocía, estaba seguro de que jamás intentaría reelegirse, reelección que era mi gran temor y que fue efectivamente la causa determinante de la caída de Ubico.

Cuando a su caída vino el doctor Arévalo y lanzó su candidatura buen cuidado tuve de escribirle a Recinos que desgraciadamente ya era tarde para él y que su hora había pasado. No obstante, vino y luchó con toda valentía, disputándole a Arévalo palmo a palmo el triunfo.

Cuando Arévalo subió a la presidencia, Recinos, con otros liberales distinguidos, fue expatriado; pero yo desde Chile le escribí al presidente, quien tuvo la bondad de acceder a mi ruego y a los pocos meses canceló la expatriación, que Recinos, como siempre, había aprovechado admirablemente, pues en México se dedicó a hacer la difícil traducción al español de la voluminosa obra (cerca de 600 páginas) del gran mayista Morley "La Civilización Maya" (así como antes, en 1936, había hecho la de la "Guía de las Ruinas de Quiriguá, del mismo) y a estudiar día y noche en los archivos y bibliotecas de México los datos indispensables para completar dos de sus próximas y magníficas obras "Don Pedro de Alvarado" y "Doña Leonor de Alvarado" que no sólo contienen tantos nuevos y

curiosos datos sino que, como todas las obras de Recinos, son verdaderos tesoros de veracidad histórica.

A su regreso se consagró de lleno a nuestra Sociedad de Geografía e Historia, que juntos habíamos fundado en 1923 bajo la ayuda moral del Presidente José María Orellana. Desde su regreso de la expatriación no tuvo más objetivo, tan grato y deleitoso para su espíritu, en el que había, más que un político, un sabio investigador.

Poco después Recinos era invitado al gran festival con que la más ilustre Universidad Española, la de Salamanca, celebró un centenario más. Y pocos años después, comenzando quizá a sentir las dolencias que lo llevaron a la tumba, creyó que en el ambiente español podría sentirse mejor. Y así fue como siendo yo secretario de información de la presidencia insinué y conseguí inmediatamente del general Ydígoras Fuentes que lo nombrara Embajador en España. Allí como en todas partes donde le tocó actuar, se desempeñó con la maestría que le era innata, llevando el nombre de Guatemala a la más alta cima de la conducta diplomática sin tacha.

Estudioso incansable, en los Estados Unidos había descubierto los papeles y documentos históricos que el Abate Brasseur de Bourbourg se había llevado de Guatemala, entre ellos (¡feliz descubrimiento!) el original del Popol Vuh de Ximénez (que es el único original que se conoce de aquel célebre libro). Recinos, que conocía admirablemente algunas de nuestras principales lenguas indígenas, lo tradujo del quiché al español, para lo cual tuvo que agotar la paciencia benedictina que le caracterizaba, e hizo publicar el libro en México, en el Fondo de Cultura Económica. El mismo gran mayista Morley se encargó de traducirlo al inglés y de hacer por una edición en esa lengua. Hoy es considerada la versión de Recinos por todos los historiadores como la mejor y más digna de tomarse en cuenta, y en ella se basan las más recientes traducciones de nuestro gran libro maya-quiché, como la italiana y la hecha en el Japón, que ha hecho el milagro de llevar hasta Oriente las primicias de nuestra gran civilización maya. Si así se acostumbrara hacer con los libros más célebres de todas las razas y todos los idiomas!

Con Recinos perdió la patria a uno de sus mejores hijos y a uno de sus más conspicuos e ilustres ciudadanos. El acto de su sepelio constituyó una verdadera y merecida apoteosis tanto oficial como social. Pero nosotros seguimos pensando que hay tumbas que no deberían abrirse jamás, y nombres que deberíamos colocar entre las estrellas de nuestro cielo, tal como lo hicieron los mayas con sus heroicos cuatrocientos muchachos del Popol Vuh, caídos bajo el brazo todopoderoso de la envidia y las pasiones que henchían al perverso Zipacná, fiel representante y gran señor de de esta baja tierra, que a pesar de los muchos millones de años que lleva encima, no ha aprendido todavía a girar dignamente en derredor de nuestro esplendoroso sol.

LUTO EN LAS LETRAS CENTROAMERICANAS

CUATRO ESCRITORES GUATEMALTECOS EXPRESAN EL DUELO

RIGOBERTO BRAN AZMITIA
JOSE A. MIRANDA
MARIANO LOPEZ MAYORICAL
ANTONIO DU TEIL

El pasado viernes santo, a las doce horas en punto, recibió cristiana sepultura quien en vida fuera el señor licenciado Virgilio Rodríguez Beteta. Pocos, pero entrañables amigos y familiares, le acompañaron hasta la última morada, pues habiendo fallecido el jueves, cuando ya entraba la noche, y siendo que los medios de comunicación estaban suspensos —radio, prensa y televisión—, no fué posible que tan infausta noticia la conocieran todos los sectores ciudadanos. Únicamente por teléfono, de un amigo a otro, fué doble dar tan dolorosa información.

Murió el licenciado Rodríguez Beteta de un síncope cardíaco, pero en forma inesperada, pues si bien desde hacía algunos días se encontraba sufriendo de ligeros quebrantos en su salud, el jueves santo, a eso de las tres y media de la tarde, le pidió a su esposa, doña Carmencita, que le sacara para hacer su acostumbrado paseo por el sur de la ciudad. Así, abordó el vehículo y se encaminaron por la carretera a El Salvador. Don Virgilio conversaba con su esposa e hijita, Luz de María. Únicamente se le notaba alguna dificultad al hablar, pero se pensó que era el resultado de un reciente resfriado. A la altura de San José Pinula, don Virgilio pidió regresar, pues quería escuchar unas marchas al paso de Jesús de Candelaria por el centro de la ciudad.